

# Guerra al TEDIO en la ESCUELA

— Fernando Pariente —

**Me gusta extraer de la realidad reflexiones que pretenden ser pedagógicas y usar anécdotas de la vida diaria para ilustrarlas. Así que siguiendo esta metodología, voy a presentar tres anécdotas tomadas de mi experiencia personal que me llevaron en distintos momentos de mi vida a reflexionar sobre un tema escolar difícil y todavía pendiente de resolver: la mecánica psicológica que rige los procesos humanos de aprendizaje.**

## 1ª anécdota: Aprender no es aburrido

La primera anécdota la recojo de una intervención que tuvo lugar en el Congreso Internacional de didáctica celebrado en La Coruña en otoño de 1993.

Una profesora de origen iberoamericano, que trabajaba circunstancialmente en Estados Unidos —digo esto porque de alguna manera sirve para internacionalizar el tema, lo cual evita, de paso, que se interprete como un afán insano de crítica a nuestros profesores autóctonos— dirigió al pedagogo norteamericano, John Elliott, una de esas preguntas, propias de los congresos, que pretenden antes presentar la opinión del interpelante que solicitar aclaración alguna. A lo largo de ella, y entre otras cosas, afirmó:

*"Hay que sacudirse ese miedo que todos tenemos a resultar aburridos en clase. Necesitamos volver a pensar en la función del aburrimiento en la escuela; tenemos que reivindicar su valor pedagógico. El centro escolar no es un sitio al que los alumnos vayan para divertirse. Nosotros nunca podremos competir con Madonna o con Sting, ni con los videojuegos. Es necesario que recuperemos, a toda costa, la mística del esfuerzo. Nunca se pudo aprender nada sin él."*

Recordar esta intervención me obliga a repensar el tema del aprendizaje en los niños porque supongo que es ahora, al principio del curso, cuando todavía queda una larga caminata por delante, el momento propicio para plantear cuestiones que tienen que ver con las actitu-



des y los planteamientos didácticos generales. Después, en la mitad del trayecto, a todo el mundo se le hace penoso cambiar de tren.

Esta profesora no se equivocaba en algunas cosas: la función específica de la escuela no es entretener, ni divertir a los niños, y, por otra parte, el esfuerzo es, también, un factor muy importante para que se produzca el aprendizaje; pero erraba de medio a medio en el diagnóstico general. Nunca el aprendizaje ha sido compañero del aburrimiento; más bien al contrario la presencia inexorable del aburrimiento es señal inequívoca de una falta continuada de aprendizaje. Dadme unos niños bostezantes y somnolientos y me convertiré en infalible profeta de sus carencias de conocimientos. Una clase aburrida es sinónimo de una clase poco eficiente, por más que las apariencias quieran pretender lo contrario.

## Aprender es divertido

Aprender es el resultado de un instinto natural y resulta gratificante cuando se produce.

Es evidente, sin embargo, que existen en las clases frustraciones, y muchas, entre los alumnos, pero estas provienen más bien del fracaso en el aprendizaje o de la ansiedad e inseguridad frente a los controles, no del aprendizaje en sí. También existe el aburrimiento, pero tiene su origen en la falta de interés, no en el hecho de que sea ingrediente necesario para aprender.

Hay paradojas que los profesores no acabamos de asimilar. Un niño aprende a manejar una consola de videojuegos, él sólo y en poco tiempo, sin apenas leer las instrucciones, y, desde luego, se divierte muchísimo durante el aprendizaje. Aprende porque tiene interés y su deseo de aprender le lleva a realizar el esfuerzo necesario para concentrar su atención, formularse hipótesis sobre la función de cada mecanismo, comprobarlo con experiencias de tanteo, rectificarlas cuando es necesario y encontrar, por fin, las soluciones. Y cuando lo consigue es feliz, nadie puede dudarle. Sin embargo, con frecuencia, ese mismo niño, hipotético, pero real, puede chocar con problemas casi insuperables en la clase de matemáticas y de lengua, y, además, se aburre como un cosaco en ellas.

Esa es la contradicción que el profesor tiene que superar. No me parece, desde luego, oportuno que los profesores digamos que sólo la mística del es-

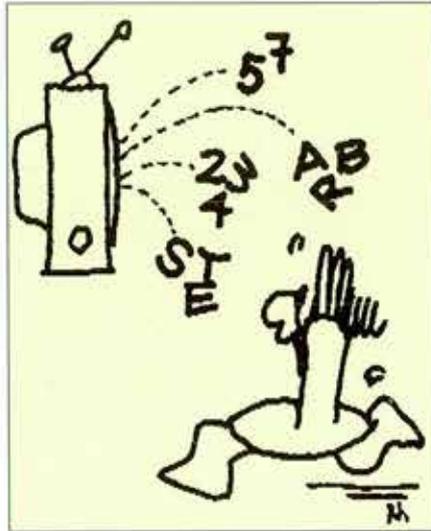
fuerzo puede resolver el problema. ¿Qué queremos decir con ello, que los alumnos tienen que forzar su voluntad para vencer al aburrimiento y así acceder al templo del conocimiento? ¿Sobre qué debe actuar la voluntad y poner su esfuerzo, sobre las materias que hay que aprender o sobre la necesidad de superar el aburrimiento?

### El mejor estímulo es el éxito

La experiencia de cada día, fuera de la escuela, nos demuestra, sin embargo, que aprender no es aburrido. Nunca he oído afirmar a nadie: "He estado aprendiendo a conducir, resultó un tostón intolerable". "Hoy aprendí a usar el Word Perfect en el ordenata, un rollo macabeo". Frases así no se oyen porque esas cosas no ocurren.

El aprendizaje puede exigir esfuerzo personal, se necesita concentración de la atención, voluntad de constancia, pero el aburrimiento no es nunca el resultado natural de esas actividades. El aprendizaje produce satisfacción y convierte en gratificantes todos los esfuerzos. No hay mejor motivación para un alumno que el éxito y no precisamente por sus ventajas sociales, por la admiración que despierta alrededor o por la vanidad de sentirse admirado. Mucho antes de que el éxito sea socialmente reconocido, o incluso aunque no lo sea nunca, resulta gratificante obtenerlo. Es la meta que se alcanza, el reto que se conquista, la constatación y el disfrute de una visión positiva de uno mismo. El rostro infantil radiante de satisfacción por un acierto es una imagen que vale más que mil palabras para explicarlo.

Lo contrario también es perfectamente verdadero: la conciencia de no alcanzar lo que se pretende, la experiencia de no llegar a los resultados a pesar del esfuerzo que se ponga en el camino, representa una frustración y un dolor difícil de tolerar. Lo aburrido, realmente aburrido, es poner el trabajo y quedarse en la estacada. Por eso no hay cosa que más desmotive a un alumno, que más lo desmoralice, que proponerle metas que no sea capaz de alcanzar. Es necesario que tomemos conciencia del valor del éxito y que tratemos de remarcarlo. Normalmente lo que hacemos es perseguir el error, subrayándolo en rojo, y damos por descontados los aciertos como si carecieran de importancia. En vez de estimular, frustramos continuamente. Por eso puede que sea cierto que aprender con nosotros y en la escuela no sea divertido, pero somos nosotros quienes ponemos el problema, no el proceso de aprendizaje en sí mismo.



### 2ª anécdota: Aprender en verano con "Cifras y Letras"

*"¡Qué guay si en mi cole nuevo hicieran concursos de Cifras y Letras, como en el cole de Julia!" -le dijo mi hija Carla a su hermana Andrea la víspera de incorporarse a su nuevo centro escolar.*

*Así descubrí el misterio de una repentina afición a los diccionarios, un inusitado afán por buscar palabras nuevas, incluso en el diccionario de francés, y las reiteradas pruebas en su pequeña pizarra "velleda" para hacer cuentas con rapidez y sin equivocarse.*

*Que mi hija mostrara estas preocupaciones académicas en pleno verano era algo tan insólito y desacostumbrado como que las cigüeñas invernaran por los páramos de Castilla. A pesar de todo nada es imposible; ahora hay cigüeñas que pasan la Navidad en las espadañas castellanas y Carla, que no debería tener motivo alguno para estar reñida con las "mates", ni con la lengua, estaba encontrando divertido jugar con los números y con las palabras, cosa que los profes no habían conseguido hasta el momento.*

*Tal milagro, ocurrido durante las vacaciones, había que achacárselo al programa Cifras y Letras de la Segunda Cadena de Televisión Española.*

### Sólo se aprende aquello que se tiene interés en aprender

Con los niños ocurren cosas misteriosas y en esto del aprendizaje más, pero no porque las cosas sean misteriosas en sí, sino porque nosotros no acabamos de convencernos de verdad de que el proceso sea así.

Obviamente a Carla le ha faltado hasta ahora motivación para aprender en la clase las cosas que se enseñan en

ella. Supongo que la razón debe ser porque no las encuentra divertidas, o, quizás, porque no ve en ellas nada útil que pueda ser utilizado en el marco de su mundo infantil, ni, por ello, ha descubierto motivo que le anime a esforzarse para aprenderlas.

Sin embargo, los mismos elementos presentados en forma de juego, con una competencia por el medio y el reto de conseguir imaginariamente un premio, se han convertido para ella en algo interesante y divertido a lo que sí merece la pena prestar atención, dedicación, esfuerzo y tiempo. Ha encontrado una motivación adecuada y los resortes de su inteligencia han empezado a funcionar para estimular un aprendizaje. El mecanismo se ha puesto en funcionamiento y los resultados son satisfactorios: Carla ha aprendido ella sola y con rapidez, cosas que fue incapaz de aprender con la ayuda incondicional, me consta que la tuvo, de sus profesores.

En las clases hay bastantes que confunden lo que significa la palabra motivar. Decía un alumno a su profesor: "explíqueme lo que quiera, mándeme hacer el trabajo que estime oportuno, evalúeme cuando guste..., pero, por favor, no me motive más". Estaba ya harto de cientos de sermones sobre las ventajas del estudio, la necesidad de asegurarse un porvenir y lo utilísimas que le serían todas esas cosas para su futuro. Confundía el profesor motivar con dar consejos, cuando en realidad motivar a un alumno consiste en conseguir que le interesen las cosas que tiene que aprender y eso se consigue no a base de razones extrínsecas, sino haciendo interesante lo que se enseña.

¡Ojalá en el cole nuevo de Carla jueguen a Cifras y Letras y a muchas otras cosas más, que sirvan para despertar su interés y el de sus compañeros!

Sólo aprendemos aquello que tenemos interés personal por aprender. Ahora que los profesores están empeñados en la tarea de establecer nuevos diseños curriculares es el momento de reflexionar a fin de acercar de la manera más eficaz posible al horizonte de los intereses de los alumnos los contenidos de las disciplinas que han de aprender. Es cierto que traducir al interés infantil los áridos objetivos académicos será siempre un arte al que todos los buenos maestros deben aspirar, aunque sólo los elegidos lo alcancen. Pero no es menos cierto que ese será el único camino posible para evitar que las cotas del fracaso escolar sigan elevándose de modo inexorable.



### 3ª anécdota: Sabemos de lo que nos gusta saber

*Mi desconocimiento sobre la música rock y sus grandes ídolos es bastante alarmante. Sin embargo, Andrea, mi hija mediana es aficionada y hasta puede decirse que experta en el tema, lo cual no le ha servido para mucho a la hora de su última evaluación en música. Un pequeño revés en unas calificaciones, por lo demás, buenas.*

*Comentando con ella esta circunstancia, Andrea se preguntaba a sí misma, con sorprendente perplejidad, por qué le costaba tanto retener en la memoria datos y circunstancias de la vida y obra de Beethoven, mientras que se sabía cualquier cosa sobre Bon Jovi sin proponerse jamás estudiarlo. A Andrea le encanta Bon Jovi, un músico de New Jersey, del que yo creo que no había oído hablar hasta que ella regresó de Irlanda el verano pasado. Ahora tiene su habitación empapelada con sus posters y dispone de todas las grabaciones que se han puesto a la venta en España de sus discos. Cualquier noticia sobre el cantante y su famoso grupo la encandila.*

**—Yo creo que aprenderías también muchas cosas sobre Beethoven si te gustara su música y la oyeras, como te gusta la de Bon Jovi y escuchas sus canciones.**

Aprendemos sin darnos cuenta las cosas que nos gustan, mientras que a veces los esfuerzos nos resultan infructuosos si queremos aprender lo que no es objeto de nuestras preferencias. El aprendizaje no siempre tiene relación con el esfuerzo que uno ponga en aprender. Andrea, con sus pocos años, se sorprendía de descubrir esto que la

pedagogía tradicional autora del refrán "La letra con sangre entra" no fue capaz de descubrir en varios siglos de historia.

Cuando uno tiene que poner esfuerzo mediante un acto positivo de la voluntad para concentrarse sobre una materia, es porque carece del interés que le haría concentrarse sobre ella de modo espontáneo. Andrea no necesita ningún acto de voluntad que la obligue a poner atención cuando en la televisión sale cualquier información sobre Bon Jovi, inmediatamente su atención queda prendida de la información y su única intervención voluntaria es la de exigir silencio a su alrededor para no perderse ni ripio.

Todo el proceso mental posterior que lleva al aprendizaje se desencadena a partir de ahí sin que ella se lo proponga. Y el resultado es que la nueva información se incorpora sin esfuerzo a la cantidad previa de conocimientos de que ya disponía. Noticias oídas en una sola ocasión pasan a engrosar su acervo de conocimientos y se retienen durante largo tiempo en su memoria. Y todo sin el más mínimo esfuerzo, sin trabajo y sin fatiga.

Esta realidad contrasta muy explícitamente con lo que acontece cuando se pone sobre sus apuntes de historia de la música. Antes de decidirse a poner manos a la obra, remolonea un rato por la casa y por su habitación; cuando, al fin, consigue sentarse en su mesa, toquetea todos sus utensilios antes de lograr abrir el cuaderno; después intenta leer la información, aunque por el medio se vaya distraendo una, dos, tres, trescientas veces.

Cuando acaba no tiene ni idea de lo que leyó al principio, vuelve a empezar y vuelve su mente a mariposear por los lomos de los libros, la ventana... Ningún interés le ata a aquel conocimiento que huirá rápidamente de su cabeza como el gato escaldado huye del agua.

Para aprender algo lo primero de todo es la motivación y la motivación no consiste en sólo querer, consiste en eso otro mucho más sutil que es estar interesado.

Los alumnos quieren aprender porque sus padres y profesores quieren que aprendan, sin embargo, no suelen estar interesados por las cosas que les man-

**«Para aprender algo lo primero de todo es la motivación y la motivación no consiste en sólo querer, consiste en eso otro mucho más sutil que es estar interesado».**

dan aprender, porque el interés no nace de la voluntad sino de los gustos... y los gustos tienen mucho que ver con los sentimientos, los afectos y la edad.

A veces los profesores nos creemos que motivar a un alumno es convencerle de la utilidad de los conocimientos, cuando en realidad motivar es conseguir que a alguien le guste algo. No es suficiente saber que la música es una realidad cultural importante para conseguir que a uno le guste la música. Para llegar ahí el camino mejor no es probablemente el del raciocinio, ni el del sermón, sino el del contagio.

En el origen de casi todas las aficiones existen dos elementos indispensables: un proceso de exposición temporal al entusiasmo de alguien y una oportunidad que favorezca el contagio. En la adolescencia se encuentran esos elementos entre los amigos, que son los contagiadores, y el entorno propagandístico y comercial que rodea a los intereses de los jóvenes, que es su caldo de cultivo.

La escuela, sin embargo, no ha asimilado estos métodos. Pensamos todavía que el buen profesor sabe mucho y explica bien y que el entorno más adecuado del aprendizaje se encuentra en el ambiente formalista y académico que preservamos en las aulas.

Nos olvidamos de que quizá el mejor profesor sea aquel al que le gusta mucho su materia y es capaz de contagiar su entusiasmo por ella y el entorno más conveniente aquel en el que se pueda desarrollar un trabajo más activo y compartido por todos. Nuestras clases no parecen buen caldo de cultivo para contagiar nada, resultan más bien tediosas; la única actividad que se suele permitir a los alumnos consiste en escuchar y tomar notas. Así difícilmente se contagia otra cosa que el aburrimiento.

No es un rol fácil el del profesor. El conocimiento puede encontrarse en los libros. El entusiasmo no.